

me entiende que a ti. Si vas en compañía de Palermo, no vas a tierra de Moros, muestra te a dexar la teta, que ya duro es el alcaçel para camponías.

ARGUMENTO DEL XXIII ACTO

Theophilon, padre de Philomena, conociendo en su hija algun nuevo desasosiego, habla palabras muy graues a Florinarda su muger sobre el descuydo que tiene en el castigo de Philomena, e llama a Siluerio e Phanphilo sus criados en secreto, a los quales encarga que maten a palos a la vieja Claudina, etc.

THEOPHILON. FLORINARDA. SILUERIO.
PANPHILO.

[Theoph.]—Florinarda amiga, muchas uezes he desseado auisarte que como honrrada matrona enmiendes algunos descuydos en la gouernacion de nuestra casa y en la guarda de nuestra honrra, porque con muchas e muy biuas ocasiones a esto soy compelido; pero considerando que la flaqueza feminil no deue ser molestamente tractada, e que las negligencias que no nascen de malicia con facilidad son corregidas, he acordado de callar hasta que veo nuestra honrra dando baybenes y a punto de caer en algun hoyo de immortal infamia. Muy escusado me fuera a mí, que soy padre, desnuearme en el castigo de Philomena mi hija, si como tú eres dueña noble fueras madre cautelosa. Pero semejante ⁽¹⁾ exercicio de corregir donzellas, al varon es vergonçoso quanto a la muger más honesto. En confusion tuya, y en demasiada pena mia, te doy auiso que de algunos dias a esta parte conozco en Philomena nuestra hija alguna nueva desemboltura causada de tu muy notable descuydo. He conocido en ella ser amiga de la ventana, e avn no muy enemiga de ser vista, que es en la donzella vn gusano para su nombre tan delicado. Tambien me dizen que vna mala vieja que dizen la Claudina frequenta mucho nuestra calle, y avn nuestra criada Dorotea no dexa de visitar su casa; en el tiempo que Philomena nuestra hija fue templada en sus palabras, honesta en el aspecto, recatada en su persona, e retrayda en su exercicio noble, ninguna nouedad que yo en ella conociera causara en mí deshonestas sospechas, porque la muger virtuosa donde quiera es buena hasta que viene a dar señales de mala. No piensses, mi Florinarda, que por lo que en nuestra hija siento de nuevo se me aya entibiado el amor paternal, sino que la experiencia que tengo del mundo me causa cautela, e la cautela temor, y el temor me da pena, e la pena produze en mí semejantes efectos; solamente quiero que sepas, si no lo sabes, que ay en las

(1) En el original, por semajante.

mugeres tanta fragilidad, que con muchas guardas apenas se guarda vna, e con vn pequeño descuydo pueden venir todas en perdimiento. Nuestra hija es noble, pero es muger; es illustre en sangre, pero muy moça en los dias, y aunque el natural y la nobleza la hagan buena, puede se peruertir con el aparexo de ser mala. Mira, Florinarda, por nuestra hija, e castigala con amor en secreto, porque no venga a tiempo que se digan en público sus maldades.

Flor.—Theopilon, señor mio, admiracion grande me causa tu plática sospechosa, e la materia della me acaba las fuerças de pena, porque en nuestra vnica e tan amada hija no solamente no he conocido maldad, pero jamas senti en ella indicio ni apariencia de liuidad. Si ama estar a la ventana, e yo no se lo defiendiendo siendo madre, no procede de mi descuydo, sino de la confiança que tengo en su honesta condicion. Bien veo que se alegra con mirar como moça, pero tambien pienso que es tal su honesto recatamiento, que alañara qualquier pensamiento liuiano; ni nuestra hija es tan astuta, ni yo tan descuydada, que ella pueda mirar sin que yo la vea ni hablar sin que yo lo sienta. En todos los actos y exercicios suyos hasta oy no me acuerdo auer visto alguno que merezca algun género de castigo; pero si yo como muger, aunque vieja, no tengo astucia bastante para velar semejante castillo, e tú como uaron e padre conoces que algun descuydo notable he cometido que deba emendar, manda me con auiso, que yo obedescere con el amor que a tí deuo é a nuestra hija soy obligada.

Theoph.—Mira, Florinarda, si como eres incauta hembra fueras varon cauteloso, ni me pidieras la causa de mi reprehension ni quisieras otra más para guardar tu hija de conocer la muger e moça, por lo qual es inclinada a todo linage de vanidad. No te pido que dexas a tu hija que sea mala, sino que puedes con tu descuydo dar la ocasion que no sea buena, porque de ser la madre descuydada viene la hija á ser desvergonçada, e quando tal la conocieres, o tú denes procurar de perder la con darla la muerte o aparejarte al perdimiento de vida é honrra tan delicada. Qué más ni mayores señales quierdes de la nueva liuidad de Philomena sino verla sin reposo en el bastidor e en su rostro postizo color, amiga de andar en secretos con la moça e muy facil de visitar la puerta? Grandes señales veo en ella de su perdicion, e ningun remedio para remediarla sino con la sepultura. A mi parecer deuemos tomar por vltimo remedio, porque es el mejor, que tú, pues eres su madre y mas continua compañera, biuas en auisada cautela de aqui en adelante con ella, sin darla a sentir que de su mudança de

costumbres auemos tenido nuevo sentimiento; y esto porque el crimen de liuidad en la muger no se ha de castigar sino con la muerte, e qualquier castigo que este no sea no es sino una licencia para que sea mala con la facilidad ⁽¹⁾ de la pena. En esto, amiga mia, te encomiendo seas tan cuydosa quanto hasta agora has sido descuydada, porque no menos se puede adobar nuestra hija e mitigar nuestra pena con el auiso futuro que agora está dañada con el descuydo passado, e porque este negocio e lo que dél tengo secreto, por su grauissima qualidad no requiere tantas palabras quanto poner las manos en el remedio e venir a las obras, tú, amiga, harás de tu parte lo que con tanta pena te tengo encargado, que yo de la mia haré como padre lo que a mi honor soy obligado. Ve, señora, a entender en tu hazienda, que yo me quiero quedar solo a rezar mis acostumbradas deuociones. Solo estoy y apassionado porque la honrra de mi hija, en quien la mia consiste, veo puesta en el postrero remate. Qué haré con quién me aconsejaré? El coraçon apassionado para ningun negocio arduo tiene saludable consejo. Llamar quiero a Panphilo e Siluerio mis criados para que con su libre entendimiento reparen el mio que está con la pena dañada. Oyes, Siluerio, Pamphilo, dónde estás?

Sil.—Aqui estamos, señor.

Theoph.—Entrad acá, e çerrad essa puerta del retraymiento, porque quiero que mi plática sea secreta. Dezidme, vosotros no comeys mi pan? vosotros no estays en mi casa? no mirays mi honrra como criados, pues yo procuro vuestro prouecho como señor? Cómo, no parays mientes que mi honrra e fama anda destruyda? quién entra en mi casa? quién habla con mi hija? quién le da ocasion para ser liuidad? dime, Siluerio, qué sientes de su liuidad?

Sil.—Señor, la grauedad de tus palabras e la nouedad de tus reçelos me tienen atonito e sin sentido, y la sospecha que pones en mi fidelidad me tiene de todo punto corrido. Nunca Dios quiera que en Philomena mi señora yo haya conocido liuidad, e si la conociesse, en mí no auria falsedad para encubrir secreto tan delicado. Porque tú eres mi señor, e como tienes obligacion de gratificar mis seruiçios, tienes poder para castigar mis defectos. Verdad es que mi señora Philomena se alegra como donzella moça, pero conozco que se recata como persona illustre.

Theoph.—Dime, Pamphilo, tú no has visto entrar en casa una vieja falsa que llaman la Claudina?

Pamph.—Señor, si algunas vezes.

(1) En el original, facilidad.

Theoph.—E ha hablado en secreto con mi hija Philomena?

Pamph.—De esto no tengo noticia. Porque siempre que essa vieja ha venido aquí, mi señora Florinarda ha estado en la posada.

Theoph.—Pues la conclusion de mi platica sea [que yo estoy sentido de la nueva conuersacion de aquella vieja con mi muger e hija, e la he mandado que no entre en mi casa so pena de perder la vida. Cumple a la mia y a mi honrra que vosotros como fieles criados y en quien tengo dende vuestra niñez puesto mi amor, mireys cautelosamente los passos de mi hija e andeys en assechança con esta vieja falsificada, e donde quiera que la pudierdes auer, viniendo a mi casa pública o secretamente, le acabeys la vida a palos, que yo gastaré mi patrimonio e pondre mi vida por lo que sobre ello se os offresciere.

Sil.—Señor, hacer lo hemos como a tu seruiçio se deue, aunque yo no quisiera que la primera cosa de afrenta que me mandas fuera poner las manos en una muger e vieja, pero no quiero poner escusa porque no pienses que niego tu mandamiento.

Pamph.—Ora, señor, a nosotros el cargo que la embiaremos a çenar al infierno antes que tenga remedio de buscar quien de nuestras manos la defienda.

Theoph.—Pues, mi Pamphilo, en lo dicho no aya más.

Sil.—Señor, pierde cuydado, que no lo has dicho a sordos ni descuydado.

ARGUMENTO DEL XXIII ACTO

Venido el tiempo con Philomena concertado, Policiano llama a sus criados para yr a la huerta de su señora; embia delante a Siluanico, e lleva consigo a Solino e Salucio; llegados a la huerta ponen el escala e Policiano entra, donde halla a Philomena esperando con Dorotea su criada. Los perros de la huerta sienten la gente que anda por ella; finalmente, entrado Policiano e rescibido de Philomena, gozan de los vltimos dones del amor, y entretanto Dorotea passa con Siluanico su requiebro dende las ventanas de la huerta, e despedido Policiano de Philomena, Policiano se torna a su posada e Philomena a su cama, e se acaba este acto.

POLICIANO. SOLINO. SALUCIO. SILUANICO.
PHILOMENA. DOROTEA. POLIDORO.
MACHORRO.

[Pol.]—Moços, moços.

Sol.—Señor.

Pol.—Dame mi espada e rodela, e adereçad vuestras personas, si os parece que es hora de yr este bienauenturado camino. Toma, Siluanico, essa escala de cuerda debaxo de tu capa e vete delante a dar nos auiso de la gente que anda por la calle.

Sol.—Señor, todo está a punto, vamos quando fueres seruido.

Pol.—Vamos, y los angeles sean en nuestra guarda.

Sal.—Oyes, Siluanico, anda delante disimuladamente hazia la huerta de Theophilon, e si alguna persona vieres de quien podamos ser sentidos harás vna seña para que nos pongamos en cobro; e mira que lo hagas a tiempo, ya me entiendes.

Sil.—Muy bien. O dichosa venida. O plazer incogitado. O camino deleytoso. O cómo se me haze mejor que a Dios lo pido. O mi señora Dorotea, si como yo te desseo me esperas, bendicto pensamiento tan bien gratificado. Cantar quiero vn cantarillo para recordar á quien duerme:

Páreste á la ventana,
niña en cabello,
que otro parayso
yo no le tengo.

Sol.—Oye, oye, señor, cómo canta Siluanico. Por los euangelios que es deleyte de oyrle con el silencio de la noche.

Pol.—Oye te que canta.

Sil. Fonte frida, fonte frida,
fonte frida e con frescor,
do todas las auezicas
tomauan recreacion,
sino es la tortolica,
que está sola e sin amor,
que ni posa en rama verde
ni en arbol que tenga flor,
ansi biuo yo cuytado
por amar vn nueuo amor ⁽¹⁾.

Phil.—No oyes, Dorotea, qué voz tan apazible es la que suena? Conoces algo en aquel cantar?

Dor.—Sí, señora, mucho conozco: aquel es el paje de Policiano, seña deue ser de su venida.

Phil.—Los angeles todos le acompañen e libren de mal. Mira, Dorotea, despues que mi señor Policiano aya entrado, dexa me sola gozar dél, no impidas mi gozo tan desseedo: no quiero testigos de mi vergonçoso deleyte. Estaras atenta e mira si en el retraymiento de mi padre suena alguna sospecha de mi secreto yerro, e no te descuydes si algo sintieres en dar me auiso con breuedad antes que seamos sentidas.

Dor.—Está segura, señora, que no ay agora en casa semejante sospecha.

Pol.—Poned, moços, essa escala por esta parte que dize mi señora que es el lugar más sin peligro, y esperad me en vna parte donde no seays conocidos e auidos por sospechosos.

⁽¹⁾ Como los de páginas atrás, estos cantares están impresos á renglón tirado, cual si fuesen prosa.

Dor.—Señora, ya sube Policiano, yo me aparto a esta ventana.

Phil.—Ve, que yo bien acompañada quedo.

Pol.—Es mi señora Philomena? es la thesorerera de mis plazer? soy yo Policiano? O mi gloria e mi descansso, quanto me hallaria bienaumentado si creyesse que esto no es sueño.

Mach.—Huera aqui, Manchado, que te toma el diablo a media noche.

Polid.—Maginado tengo que andan zorras entre estas arboledas segun que esta noche se despepitan estos perros.

Mach. ⁽¹⁾—Huera aqui, Bardino, avn el diablo ero que ha de auer parte en él esta noche.

Phil.—Passito, señor mio, que duermen cerca estos hortolanos, e temo que estos perros nos han de impedir este gozo tan desseedo. O mi señor e mi solo descansso, o mi bien e mi soberana alegria, toda esta noche me he desuelado con la ymaginacion plazentera desto que contigo posseo, e agora que en mis braços te tengo, dos terribles cuydados enturbian mi mezclado gozo: temor que auemos de ser sentidos e que el alba ha de partir esta vnion enamorada. Tu presencia da luz a mi coraçon, e si de mí te apartas, no menos eclipsada que la luna, absente de Phebo, quedará esta tu captiua con tu ausencia.

Mach.—Huera day, Bardino: si arrebató vn garrote.

Polid.—La rabia tienen esta noche, que no pára su ladrido. Si las paredes fueran baxas no dexara hombre de pensar qualque ruyndá. Torna aqui, Manchado.

Sol.—Por tu fe, Siluanico, que cantes vn poquito al falso, que huelgo mucho de oyrte cantar.

Sil. Lagrimas de mi consuelo
que auays hecho maravillas
e hazeys,
salid, salid sin recelo
a regar estas mexillas
que soleys.

Sal.—Par Dios, Siluano, graciosamente lo cantas. Di por tu vida otro poco, que me espacia el alma tu suaue melodia.

Sil. Mis ojos pues que miraron
a quien más que a ssi quisieron,
paguen pues lo merecieron ⁽²⁾.

Sol.—Oye, oye, Siluanico, ojo a la ventana.

Sil.—Qué te toma el diablo? Antojasete?

Sal.—Juro a los Euangelios, cata la moça assomada.

Sil.—Es mi señora Dorotea?

⁽¹⁾ En el original, *Polid.*; pero como acaba de hablar, el que habla ahora debe de ser Machorro.

⁽²⁾ Están impresos estos cantares como si fuesen prosa.

Dor.—Soy tu muy cierta seruidora.

Sil.—Con esso haze tan lustrosa noche. Con esso no puede entrar en mis ojos ningun quilate de tiniebla.

Sol.—O, descreo de la puta que le pario al rapaz. Juro a la casa Sancta, otro çeloso ay en la posada.

Sal.—Ora oygamos el requiebro hasta el cabo.

Sil.—O mi señora, cómo me has dexado dezir devaneos con mi boz desatinada? por qué no atajauas mi canto con tu bienaumentada presencia?

Sol.—Qué te paresce, Salucio, de la plática del mochacho?

Sal.—Qué diablos ⁽¹⁾ quieres que no sepa dezir; estando todo el dia e la noche en la camara de essotro madre de la luxuria, algo auia de deprender.

Sol.—Ora oye.

Sil.—Cómo estas, mi Reyna? En qué lugar tienes aposentado mi coraçon, señora mia?

Dor.—Señor mio, la suauidad de tu musica no tuuo menor virtud atractiua que la harpa de Orfeo, pues en mi coraçon insensible hizo tanto sentimiento que me truxo forçada para gozar de tu presencia.

Sol.—O descreo de la putilla e avn de la madre que la pario, e cómo acierta a dezir philosophia de amor.

Sal.—Sí, sí, en las escuelas de Ouidio deue de auer estudiado la rapaza. El arte de bien parlar la deuen auer leydo. No me medre Dios si ella sabe tan bien ⁽²⁾ el Credo.

Dor.—Señor mio, la indisposicion del lugar, junta con la breuedad del tiempo, no me dexan gozar de tu graciosa conuersacion. Creo que tu señor Policiano se va, e mi señora me haze señas que nos vamos. Para la primera noche que Policiano venga a esta tan dichosa visitacion, yo dare orden cómo con más espacio e no menos descanso nos veamos.

Sol.—No la oyes, hermano? En buenos terminos queda el negocio.

Sal.—Ya lo veo. De rruyn a rruyn quien acomete vençe. Descreo de la madre que me pario si aunque la moçuela me ha parecido bien, yo he osado dezirla nada. Llegó Siluanico, y ya ues cómo anda. O ventura!

Dor.—Señor mio, yo me voy. El angel de la paz te acompañe.

Sil.—Reyna mia, e contigo vaya.

Phil.—Mi señor e lumbré de mis ojos, pues has tenido por bien de me pribar del don más estimado que resecebi de naturaleza, pues ya del todo has tomado la passion ⁽³⁾ de esta tu sierua, pues te vas e me dexas a mí sin mí por

⁽¹⁾ En el original, *diablos*.

⁽²⁾ En el original, *tambien*.

⁽³⁾ Así en el original, quizás por *posession*.

lleuar mi ánima en tu compañia, suplicote, mi coraçon, que no dexes de acordarte, que si en tu ausencia puedo biuir, será en confiança de gozarte con muy continuas visitaciones. Quando ordenares que yo resciba esta merced tan copiosa, por este lugar, aunque peligroso, hallo yo el aparejo más conueniente, atenta la clausura de esta casa.

Pol.—Reyna mia e mi verdadero descansso.

Polid.—Ora yos boto a sant Alberto, que el diablo deue de andar esta noche entre estos naranjos. Huera aqui, Manchado.

Pol.—Coraçon mio, estos hortolanos estan sospechosos, y el temor de este peligro que está muy en las manos acorta por el presente el hilo de mi alegria, y pienso que ha de ser parte para que mi vida se acorte a causa de los males que pienso padecer en tu ausencia. La noche que viene, por este mismo lugar, si tú, mi señora, fueres seruida, será mi venida muy cierta. Yo me voy e me quedo verdaderamente contigo. Angustiado voy con la breuedad de mi gloria, e con mortal angustia estaré hasta tornar me a poner en esta verdadera possession de plazer. Los Angeles sean en tu guarda e te me dexen ver con el descansso que yo desseo.

Phil.—E a ti, mi señor, acompañen e tornen a mis braços para que descansen mi coraçon. Dorotea amiga, qué ha seydo de ti? en qué has entendido estè tan açucarado rato de mi gloria? has dormido?

Dor.—Si cierto, dormilona es la moça. A la puerta del retraymiento de mi señor Theophilon me he estado assentada.

Phil.—Pues muy passo nos entremos a la camara, e dormiremos lo que resta hasta que sea de dia; pero cómo dormirá quien tan triste queda? qué sueño no quebrantara mi soledad? qué coraçon no inquietara mi tan atrenido yerro? O padre mio, si sintieses mis tan desonestas pisadas, cómo acabarias mi vida, por no gustar de tu desonrra. O hembras hembras, nunca deuidades de nacer, pues soys tan mal inclinadas e tan potentes para effectuar vuestros apasionados desseos.

ARGUMENTO DEL XXV ACTO

Claudina, cobdiciosa del logro quotidiano, sale de su casa a visitar sus deuotas. Passa por casa de Cornelia e Orosia, a las quales promete de dar sendos amigos, y en el camino, tornando a su casa, topa con Libertina su criada, con la qual va por la calle de Theophilon e halla a la puerta a Siluerio, con el qual se embia a encomendar en Philomena, etc.

CLAUDINA. CORNELIA. OROSIA. LIBERTINA.
SILUERIO.

[*Clau.*].—Agora que voy sola quiero mirar el prouecho que con mi Parmenia tengo, e parar mientes el daño que puedo auer con su

ausencia. Lo primero tengo con ella ganancia que monta más moneda que media calongia. Ella lo gana con su persona e yo lo gasto como señora; mi casa está aperrochada de mançebos a su causa, y avn por su buena conuersacion siempre acuden moças de buen fregado con que al cabo del año siempre caen modorros. Con su ausencia, mal pecado, la pérdida es muy cierta y la ganancia dubdosa. Poniendo mi hija en poder de Palermo, en lugar de ganancia puede ser que escotemos lo ganado: no dizen embalde que la cobdicia mala el saco rompe. Si a mi hija saco de mi compañía, para quién quiero mis alhajas? para quién guardo mis sauanas randadas, mis manteles de Alemania, mis tapices de Flandes e mi tinaja de harina? pues de ningun bien la possession es agradable sin compañía. Vna ánima sola ni canta ni llora. Qué tengo yo de hazer entre quatro paredes sola? si me duele la cabeça, quién me pondra medicina? si mi dolencia me acude, a quién boluere mi cara? mal consejo ouiera tomado si de casa la ouiera embiado. Este se, huelgue se, goze de su moçedad, que ansi hize yo de la mia. En mi casa no le faltarán media dozena de amigos ni vna de reales que coma. Mala vejez yo aya si Palermo me la lleuare. A casa de Cornelia llego, quiero entrar a visitarla a ella y a Orosia; que el cañal que no se requiere no da de comer a su dueño. Quiero llamar, si quiera por la criança. Tha, tha.

Cor.—Quién llama de mañana?

Clau.—Abre, hijita, que la Claudina es.

Cor.—Vengas en ora buena tú y los buenos años.

Oros.—Jesus, madre de mi alma, e qué milagro fué éste que nos tuiste en memoria?

Clau.—Andad, loquillas, que agora que he començado a conoceros e visitaros, cada día me tendreys en esta casa. Cómo estays, mis hijas? Moças e hermosas, ansi sea buena mi vejez.

Cor.—Aosadas, madre, no sé pues la causa, ansi goze de mí, que nunca me vi tan triste ni tan afligida despues que me conozco.

Clau.—Mirad, hijas mias, pues estays en hedad alegre, no busqueys ocasiones de tristeza. Mirad que el ánimo triste es vn fuego que consume e acaba la vida.

Oros.—En buena fe, madre, que auiamos pensado yo e Cornelia mi prima de yrnos vn día a tu casa y holgarnos contigo e con la señora Parmenia. Darté parte de nuestras penas, pues te tenemos por madre e amiga verdadera.

Clau.—Sancta Catalina del cielo, hijas de mi alma, e qué passiones son las vuestras que tanto las ayays sentido? Aosadas, por mi vejez que sea buena, que barrunto yo algo de lo que a vosotras duele. Digo algo? Qué dizes, bouita?

a perro viejo no cuz cuz. E a quien cueze y amassa no le hurtes ⁽¹⁾ hogaça.

Cor.—Madre de mis entrañas, bien sé que lo entiendes todo e por esto te quiero dar parte de lo que nos da tanta pena. Ya ves, madre, que nuestra hedad ni nuestro estado ni condicion ni coxas ⁽²⁾ que, ninguno por gentil que sea, nos venga a escupir en la cara, e si aquellos vellacos rufianes supieran tractarnos como quien somos, a fe de muger de bien que otro gallo les cantara. Pero no es la miel para la boca del asno, ni el anillo de oro para la nariz del puerco. Finalmente, madre Claudina, que a ti toda la verdad se te deue dezir, aunque tengamos en nuestra arca dos pares de doblas e tres de vestidos, bien vemos que no han de durar para siempre: que el tiempo y el dinero corre ⁽³⁾ como el viento. Nuestro alcohol, nuestras camisas labradas, nuestros aromáticos olores, ya sabes, madre, cuántos días ha que se pagan de vazio. No queremos por necesidad yr a morir al espital. Queremos, madre mia, pagar te muy bien tu trabajo, e que nos pongas en poder de hombres ⁽⁴⁾ que no solamente sustenten nuestro fausto y honrra, pero que nos saquen de qualquier trabajo que se nos offresciere, porque aunque, loado Dios, no nos faltan modorros que acuden con este pie de altar quotidiano, auemos menester quien tome a cargo la costa ordinaria, porque lo demas son nuestras adahalas e lo que nos ahorramos. Esta heredad sola nos dexaron nuestros padres, y desta, como sabes, nos auemos de mantener.

Clau.—Mirad, hijas mias, no os quiero con-sejar como a mugeres honrradas, pues honrra e prouecho no caben en vn saco. Pero bien quisiera yo, ansi goze de mí, que con Solino e Salucio se hiciera algun cumplimiento, aunque fuera como dizen dar a torçer vuestro braço. Son mançebos gentiles hombres e que os tuieron en honrra el tiempo que os conocistes, e ya puede ser que tornando a su amistad aya otra nueua vida.

Oros.—Dalos al diablo, madre, no me los mientes ni oyga yo su nombre, que ellos salieron de aqui para quanto ellos biuieren.

Clau.—Pues, hijas de mi alma, yo lleuo a mi cargo buscaros lo que os cumple. Pero mirad que si tal cosa hallare, que quiero que me lo agradezcays; ya me entiendes Cornelia?

Cor.—Ya ya, madre, a fe [he] de darté un çamarro que condessa no le tenga tal.

Clau.—Pues a Dios, a Dios, mis hijas.

Oros.—El vaya contigo.

(1) En el original, *huertes*.

(2) Así en el original. ¿Querrá decir *son cosas*?

(3) En el original, *corro*.

(4) En el original, *hombre*.

Clau.—Andar, vamos adelante. Con este viaje no se ha perdido mucho; para estas dos moças ⁽¹⁾ yo buscaré dos moços de espuelas de vn canonigo que acudan con el mollete hurta-do, el pedaço del toçino en la manga e avn la ristra de cebollas en la capilla, que estos tales son los que a éstas han menester, e al cabo ellos yran sin pluma e la vieja Claudina sin quexa. Vala me Dios del cielo, es Libertina la que viene por esta calle? Ella es si los ojos no me mienten. Jesus, hija Libertina, e no te dexé yo en casa quando de allá sali?

Lib.—Pues, madre, ansi es el mundo, ya sabes qué no ay quien en vn estado perma-nezca.

Clau.—E de dónde vienes, hija?

Lib.—De casa del despensero del Conde.

Clau.—Acabaste ya con él tus cuentas, hijita?

Lib.—Sí, madre, que por esso dizen que el dendor no se muera.

Clau.—Huelgo me, hija mia, ansi por tu prouecho como por que mios o agenos aya en casa dineros; vamos por esta calle, y passaremos por la puerta de Philomena, e si pareciesse su criada Dorotea cobraria el anillo de la concordia. No piense aquella señora que me ha de heredar en vida.

Lib.—Ay desdichada, Siluerio está a la puerta.

Clau.—Cubre, hija, la cabeça, que no puedo dexar de hablarle vna palabra. Siquiera porque si en su casa alguna vez me hallare me haga buen tratamiento. Esté en ora buena el galan.

Sil.—O madre mia, perdona que no te conocia.

Clau.—El señor Theophilon, hijo mio, cómo está? e señora la vieja e toda su casa?

Sil.—Todos están buenos para lo que a tu honrra cumpliere.

Clau.—Guardé Dios a sus mercedes, que en mi verdad a toda esta casa por su nobleza soy muy aficionada. Señora la donzella, hijo? hermosa como siempre?

Sil.—Sí, madre mia, no es cosa nueua ser mi señora linda dama.

Clau.—Tai sea mi vejez. Ay qué honestidad. Ay qué mesura. Ay qué cara de oro. No en balde la dotó Dios de tales señales de fuera, sino para manifestar las virtudes de que el ánimo está adornada de dentro. Resciba yo tanta gracia, que cuando con ella te veas sea de mi parte saludada, e la digas en secreto que aquella sortijuela que a su merced dexé quando se sintio mal dispuesta que me haga gracia de ella, porque es de un gentil hombre que cada día me la pide. E perdoname, hijo, el atre-

(1) *moços*, en el original.

uimiento, que el amor que te tengo me haze atreuer a tal demanda. Mas aqui estoy yo, hijo mio, para lo que cumpliere, ya me entiendes? parece te algo de la moça? cuando algo quisieres, no has menester más de meçer el ojo.

Sil.—Nora buena, madre, yo lo dire a mi señora Philomena, e bueluete por aqui esta noche en anocheciendo si quieres saber la respuesta. Essotro que dices no es vianda para mi estomago.

Clau.—A, noramaça, hijo, qué santito te me hazes. Pues avn yo sé algo que te dire algun día, y a Dios, que nos vamos.

Sil.—Ansi aya el diablo parte en la puta vieja como yo estoy bien con sus tramas, pues yo te juro, doña hechizera, que si esta noche tornas, e por acá te apañamos, que tú salgas si acertares la puerta. O mala vieja, quién cree que ella no trae sus tractos ciertos y avn secretos conciertos con Philomena mi señora? pues calla, que yo te armaré vna trampa donde des el pellejo a los perros y el alma a los diablos. Dexame hablar a Pamphilo mi compañero, que yo te pescaré o malo andará mi anzuelo.

ARGUMENTO DEL XXVI ACTO

Theophilon e Florinarda hablan en secreto sobre la guarda de Philomena su hija, y acabada su plática, Theophilon va a la huerta e manda a los hortolanos que suelten vn Leon que allí está en vna jaula para que espante las zorras que andan entre los arboles. Despidese de los hortolanos y vase a cenar, y entretanto Pamphilo e Siluerio aguardan a la Claudina que viene por la sortija e la dan tantos palos hasta que piensan dexarla muerta, etc.

FLORINARDA. THEOPHILON. MACHORRO. POLIDORO. SILUERIO. PAMPHILO. CLAUDINA.

[*Flor.*]—Theophilon señor mio, despues de nuestro passado razonamiento, en lo que á la honrra e guarda de nuestra hija toca, yo como madre, y a quien a lo biuo de las entrañas llega qualquier macula de su desonor, he inuestigado por diuersas vias si nuestra tan amada hija aya intentado algun delicto de liuandad como moça; y auida toda la possible relacion de los criados e donzellas de casa no he hallado indicio por donde deua con razon castigar la como culpada, porque pública e secretamente sus exercicios son de donzella illustre e honesta e bien mirada, sin que aya alguno que en ella aya visto señales de hembra apassionada.

Theoph.—Amiga, Florinarda, yo doy credito a tus palabras y assi confio ser verdad, pues nuestra generacion tan noble jamas admitio macula ni discolor de infamia, pero siempre te encomiendo no te descuydes en su guarda e zeloso miramiento. Porque si dizes que no la has visto hablar con alguno, e con esto tomas

alguna confianza, hago te saber que los que de ueras se aman, cosidas las bocas, se hablan con los coraçones. Yo no te he dicho que nuestra hija es mala, sino que mires por ella, porque con el aparejo puede dexar de ser buena. Oyes, Siluerio, di a Pamphilo que me traiga mi libro, y entretanto que es hora de çenar visitaré mis hortelanos y allí rezaré mis acostumbradas deuociones.

Pamph.—Señor, vamos, que a punto está todo.

Theoph.—Venid vosotros conmigo, que os quiero hablar aquí en esta huerta.

Mach.—Hola hola, Polidoro. Cara acá viene nuestro cargo de mas cordojos que tiene hojas vn mançano.

Polid.—O cuerpo de la casa sancta, qué desmaginatuiu viene.

Mach.—Prissa prissa, porque si viene sañudo no quiebre en mosotros ell enconia. Echa por esse tablar del colino e yo desmollire las gode nes, que es fructa apazible para viejos.

Theoph.—Ann me parece, Machorro, que estos arboles quieren más labor.

Mach.—Agora, mi padre señor nuestro, dom'a Dios que en todo el dia dexa hombre ell açada de la mano. Ellos mi fe son de mal vidueño; que no les cunde cosa que hombre les haga, que en lo al no a que her.

Polid.—Si su mecé otease acos fructales que alcançan mejor terruño, e avn son vn ca cho más castizos, cuydo que viesse bien lo que hombre afana.

Theoph.—Estos cidrales estan roidos, e siempre he tenido que andan animales que de noche los estragan. Vosotros dormis a sueño suelto. Si no les poneys remedio camino van de perderse.

Mach.—Los canes abundarien si algo de esso anduiesse en la huerta, que en toda la sancta noche con su ladrido no escampan: yo desmago que algunos holgazanés dende afuera tiran piedras a las mançanas, segun que los alanos ventean.

Theoph.—La jaula deste leon me parece que está desclauada; en vn rato que ande fuera tened cuydado de echarle vn buen clauo.

Polid.—De las mientes me ha salido que no haria daño soltar de noche esta alimaña por la huerta, que al menos no andarian raposas ni sabandijas donde él anduiesse.

Theoph.—Si no fuesse dañoso para la ortaliza, no me parece mal tu consejo, porque en estas cercas parescen señales de auer entrado por ellas.

Mach.—A todo hará prouecho si el leon anda de noche suelto, que aunque mosotros andemos con él no ayas miedo que él resciba pabura.

Theoph.—Ora, pues ansi os parece, tened cuydado de soltarle en siendo de noche, e dexad abierta la caxa para que entre y salga quando quisiere, que al leon no hará daño e la huerta rescibirá prouecho.

Mach.—A buena huzia, nuestro, que ello se haga a plazer.

Theoph.—Prissa prissa, que yo por aquí me quiero apartar a rezar vn poco.

Polid.—Vaya a salud su meçé.

Theoph.—Pamphilo é Siluerio hijos, despues de aquel penoso razonamiento entre nosotros passado, ni yo he tenido lugar ni vosotros cuydado para auisar me si en aquel negocio auays sentido algun indicio o señal de lo que yo temo. Tengo el coraçon tan leuantado y el entendimiento tan sin libertad para gobernar me, que algunas vezes consiento con la voluntad en cosas muy escandalosas e con la pena las pondria en efecto, si el zelo de mi fama no tuuiesse la rienda a mi desseo. O canas ya caducas. O años desdichados. O pobre viejo, para qué veniste al mundo, pues toda la vida mia no es sino vn curso de miseria, e vna hedad de cuydados y vn tiempo semejante al tránsito de la muerte! qué haré? Si descubro lo que siento y lo quiero castigar, poco castigo es que esta ciudad se abraze. Pues si lo dissimulo por quitar les paresceres del vulgo, vendra en términos mi honrra que se acabe con mi vida. O mis fieles criados, dezid me qué haga o tomad este puñal e dad con él fin a mis dias.

Pamph.—Señor, muy delicadamente siento tu pena, porque con agudo sentimiento traspasas mi coraçon. E segun lo que de tu plática se puede collegir, deues auer rescibido alguna penosa relacion, pues tales efectos produztes. Con astucia auemos mirado lo que como a criados nos mandaste, e hasta agora no auemos hallado en Philomena tu hija indicio que malo sea. Aunque estas contractaciones que esta vieja nueuamente ha trabado en esta casa bastan a engendrar todo género de sospecha. Este dia passado passó por la puerta de casa, e dió a Siluerio encomiendas para todos. No ay otra cosa de que se pueda formar malicia.

Theoph.—O padres, no deuiays de nacer los que hijas mal inclinadas auays de engendrar. Qué bien tiene quien de honrra carece? pues qué honrra tiene quien liuiana hija ha criado? pues vn hombre deshorrado, cómo biuira sossegado? Ora, mis fieles criados, el principio de mi remedio consiste en que esta vieja muera para que por la rayz se comience a curar mi dolor, e despues como esto succediere, tomaremos nueno consejo.

Siluerio.—Señor, veo te tan penado, que en qualquier peligro pondre mi vida por ver la tuya libre de tristeza, e si en solo esto que mandas

que hagamos consiste tu contentamiento, y eres seruido que a su casa vamos e la saquemos el alma, allí la daremos tal muerte con que tú, señor, quedes satisfecho.

Theoph.—Todas las cosas arduas quieren maduro consejo. Mejor es que aguardays a acometer en vuestra casa, que no yr a la agena de donde vengays offendidos y no satisfechos.

Pamph.—Señor, pues en este caso puedes perder cuydado, que nos sabremos dar a buen recaudo.

Theoph.—Ansi confio de vuestra fidelidad. Vamos, que me parece ya hora de çenar.

Siluerio.—Vamos, señor, que ya estará aparejado.

Theoph.—Florinarda amiga, no se haze ora para que çenemos?

Flor.—Si, mi señor, todo está adereçado.

Theoph.—Pues yo voy. Vosotros, hijos, tened cuydado de mirar entretanto por lo que os tengo encomendado.

Pamph.—De muy buena voluntad. Qué sientes, hermano Siluerio? quánto está nuestro amo de cuydosos pensamientos!

Siluerio.—El coraçon tan triste como está agora el suyo, es impossible no dar señales de passion.

Pamph.—O qué lastima tan grande es verle sus lagrimas derramadas por su faz tan venerable. Y cómo procura soledad por no descubrir su pena.

Siluerio.—O hembras hembras, que de tantos enojos soys causadoras. O vieja Claudina, Dios te trayga a nuestras manos para que rescibas el pago de tus pisadas. Mira, Pamphilo hermano, esta vieja es cobdiciosa, e ha de venir agora a cobrar de Philomena vn anillo que acá tiene, porque ansi está entre mí y ella concertado. Estemos sobre el auiso, e aparejemos tales leños que al primer leñazo no haya mester segundo. Por aquí por la puerta de abaxo suelen ser sus venidas secretas. Yo te digo, Pamphilo, que no tarda mucho en venir.

Pamph.—Por las reliquias de Roa que o yo me engaño o es ésta que por aquí abaxo descende haldeando.

Siluerio.—Ella es, cierto. Mira, hermano Pamphilo, que todos la demos a vna, e no arrojemos golpe sino fuere sobre las tocas.

Pamph.—Ora dexala llegar. Oye qué rallo trae.

Clau.—Es possible? es mi Siluerio? es el que yo quiero como a hijo? Jesu, Jesu, aosadas, putico, que no digo yo en balde que eres tu enamorado. A qué hora de la noche está a la puerta el gallito!

Siluerio.—Y tú mira ⁽¹⁾, madre vieja, en

(1) En el original, *mirad.*

qué andas a tal hora con tus haldas luengas que paresces estantigua?

Clau.—Hijos, mal peccado, la necessidad es carrera de perdicion. Cómo estan tus señoras vieja e moça? yo te asseguro, hijo ⁽¹⁾ Siluerio, que no tuuiste memoria de lo que te dexé este dia encomendado?

Siluerio.—Por cierto, madre, sí tuue, y a mi señora Philomena hablé en secreto de tu parte e holgó mucho en saber de ti.

Clau.—Huelgue se Dios con su merced. E di me, hijo Siluerio, no rescibiria yo de ti tanta gracia que ella supiesse como está aquí la Claudina?

Pamph.—O mala vieja, e qué cuentas tienes tú de auerignar con ella a tal hora?

Siluerio.—Dala, Pamphilo hermano.

Clau.—Jesus sea conmigo.

Pamph.—Y avn rebullis?

Clau.—Confession.

Siluerio.—Confesion o qué? O puta vieja.

Pamph.—Dala dala, que avn todavia rebulle. Siete almas tiene como gato.

Clau.—Confession.

Siluerio.—Ann rebulles, puta vieja, canas de infierno? pues espera que con este leñazo yo asseguraré la honrra de muchos con acabar tu mala vida.

Pamph.—Mira, Siluerio, si rebulle.

Siluerio.—A mí me parece que ya está muerta, pero dala otro leñazo para que pierdas la dubda.

Pamph.—Ora, hermano Siluerio, este negocio es concluso. Las tinieblas de la noche encubren esta obra pia que auemos hecho, porque Dios ha tenido por bien que tan maldictos años sean acabados. No es razon que a la puerta de Theophilon aya rastro de tan mala muerte. Arrastrando o como quiera la lleemos hasta la puerta de su posada para que putas e rufianes la den honrrada sepultura.

Siluerio.—Ten de esos pies, Pamphilo hermano.

Pamph.—O puta vieja, e cómo pesas, qué cargada deues yr de pecados!

Siluerio.—Mejor dixerás que los pecados van cargados con ella.

Pamph.—Aquí junto a su puerta la pongamos para que quien primero entrare pueda llevar las nuevas.

Siluerio.—Allá quedarás, vieja falsificada, que no es mucho que coman el cuerpo los perros, cuya ánima se llearon los diablos. Mira, Pamphilo hermano, aunque nuestras manos se hayan mostrado sangrientas, e con crudos coraçones este caso ayamos acabado, mayor es el bien que la republica rescibe con la muer-

(1) Hijos, en el original.